



LENGUAJE Y COMUNICACIÓN

- SEMANA N°: 1
- CLASE: N°: 3
- CURSO: II° A y II° B
- DOCENTE: Pamela Varas
- CORREO ELECTRÓNICO: pvaras@americanacademy.cl
(solo será contestado en días y horarios hábiles)

OBJETIVOS: Reconocer elementos básicos del género dramático

CONTENIDOS DE LA SEMANA: Características del género dramático

Características del género dramático:

Las características del género dramático son muchas pero las más fundamentales son:

a) Diálogos sencillos:

Es de suma importancia que los espectadores entiendan y se emocionen cuando ven una obra de teatro por lo que es importante adecuar el vocabulario de acuerdo al contexto (época, lugar, entre otros).

b) Función apelativa y conativa:

La obra debe estar escrita de tal manera que surja una reacción por parte del público. Que los espectadores sientan alegría, tristeza, rabia, nostalgia mientras presencian la historia.

c) Elemento principal:

Las fuerzas protagónicas v/s las antagónicas están en constante conflicto generando una tensión por parte del receptor.

Actividad de escritura:

Lee el fragmento de *María Nadie* de María Brunet y, posteriormente, transfórmalo en un texto dramático.

María Nadie

Marta Brunet, escritora chilena.

...nadar sabe mi llama la agua fría...

Quevedo

1. El camino *serpeaba* por la montaña, tallado en la roca, angosta cornisa siguiendo el curso de un río disminuido por el verano, pero que de súbito, en lo profundo del tajo, atestiguaba su existir con un espejeante remanso. Así que el camino subía, la presencia del bosque era mayor, compacta, húmeda, perfumada, rumorosa e íntima. Porque a esa hora, inminente la noche, los arboles creaban increíbles dorados en lo alto de los árboles; pero hacia abajo, en archipiélagos de sombra, la vida de infinitos mínimos

seres cobraba un sostenido tono menor, de llamados, de arrullos, de admoniciones, de despedidas, todo como mullendo el silencio para hacerlo más silencio aún.

Dura la roca del camino. En tantos años ni las llantas de las tardas carretas ni el paso de los automotores habían mordido su superficie gris-azulenta. Igual al muro que le servía de respaldo, de sujeción al vértigo que a veces producía la hondonada.

El camino nacía de los *aledaños* del pueblo, y era una invitación que a ciertas horas solían aceptar los enamorados y, a toda hora, los niños a caza de aventuras que iban desde trepar riscos siguiendo huellas de animales salvajes, a adormilarse en la lenta caza de lagartijas; de trepar alto en procura de nidos, a sencillamente atiborrarse de dihueños, maqui, moras o murtillas. (►1)

Por el camino, a la vista ya del pueblo, bajaba, rápido y sigiloso, un chiquillo. Parecía todo él de bronce dorado, hasta el pelo colorín, y las pecas diseminadas no solo en la cara, sino en todo el cuerpo, acentuaban el tono de la piel tensa de salud, cubriendo largos, apretados músculos. Un hermoso cuerpo de chiquillo en que la cabeza *altiva* sobre los hombros conquistaba por la belleza expresiva del rostro.

La cuesta parecía tirar de él, irlo sumiendo en la sombra que a su vez subía de la tierra. Le era la caminata ejercicio habitual y no le jadeaba la respiración, pero había ansiedad en sus ojos al escrutar el pueblo, íntegro a la vista abajo, mostrando sus calles simétricas, *damero* con una plaza al centro, su estación a un costado, su escuela, su calle del comercio, sus edificios principales rodeados de vastos sitios y, también en vastos sitios, los edificios menores. Pueblo igual a todos los pueblos del sur, junto a un río, en un valle entre montañas, como de juguete, con casas de maderas pintadas de colores, encaperuzadas de tejuelas, condicionado por una excesiva geometría. Sí, pueblo como de juguete para gentes felices.

Varios hacendados se unieron a la poderosa Compañía Maderera de Colloco para que se creara un paradero en la línea de ferrocarril ya existente, no tanto para ir y venir de pasajeros, como para llevar hacia el norte los productos de la zona. (►2)

Así nació la estación, perdida en la red de desvíos, vagones, *tinglados*, rumas de maderas elaboradas, ir y venir de carretas, de camiones, de autos, de coches. Perdida como un corazón normal en el cuerpo de un gigante. Preciosa y precisa, marcando su ritmo con el tictac del reloj. Metódica, eficaz e incansable.

El pueblo se hizo necesario de inmediato. Y nació, no como nacen los pueblos generalmente, poco a poco, sino simultáneamente: porque mientras un terrateniente edificaba sus galpones, las casas necesarias a su administración y a sus obreros, los otros no le iban en zaga, y todo crecía a la vez, como brote de yemas en una primavera sin atraso.

Durante la lectura

- 1. ¿Qué objeto se describe en los párrafos anteriores?
- 2. Según las acepciones de *público* y *privado* señaladas en la sección *Contexto*, ¿por qué es posible considerar que la acción descrita en el párrafo anterior pertenece al ámbito público?

Vocabulario

serpear: andar o moverse como culebra.

inminente: que está pronto a suceder.

admonición: acción y efecto de amonestar.

mullir: esponjar algo para que esté blando y suave.

aledaño: dicho de una tierra, de un campo, etc.: que limita con un pueblo.

procurar (en el contexto): en busca de.

altivez: orgullo, soberbia.

damero: zona urbanizada constituida por cuadros.

tinglados: tablado armado a la ligera.

Vocabulario

a la vera: loc. adv. a la orilla.

periferia: espacio que rodea un núcleo cualquiera.

plácida: quieta, sosegada y sin perturbación.

renovales: terreno poblado de vástagos que echa la planta después de podada.

renguear: cojear por lesión de las caderas.

magra: flaca o enjuta, con poca o ninguna grosura.

enarcar: dar foma de arco.

Biografía

Marta Brunet

(1897–1967). Escritora chilena cuyas obras se caracterizan por describir paisajes y costumbres del mundo rural. Seguramente, durante tu infancia leíste sus *Cuentos para Marisol*.



► *Marta Brunet*

Fue la segunda mujer en obtener el Premio Nacional de Literatura, en 1961.

Los lectores especializados criticaron en *María Nadie* el tratamiento excesivamente crudo de sus personajes.

Había urgencias vitales: nació el pequeño comercio. Había chiquillos: se levantó una escuela. Había una peonada flotante: apareció a la vera de la estación un puesto de empanadas. Otro le hizo competencia, ofreciendo además arrollado y pebre. Pero molestaban en esa periferia y se los obligó a retirarse. Así hubo una fonda y una tocinería.

No, no era un pueblo de juguete, ni sus gentes tenían la vida plácida.

El chiquillo seguía en su rápido descenso. Alcanzó a ver cómo se encendían las luces de las calles; luego en las casas se iluminaron ventanas. Terminaba el camino de piedra. Un minuto después estaba en el plano, con los pies levantando polvo. Tomó por un atajo quebrado en agudos ángulos. Un grillo colocó cautelosamente en el silencio sus repetidas notas metálicas. El chiquillo se detuvo en seco. Con idéntica cautela otro grillo contestó igual grupo de notas. Posiblemente un grillo auténtico no sorprendió la farsa. De entre unos renovales avanzó otro chiquillo.

—Eres loco..., ¡cómo puedes haberme esperado hasta tan tarde! —exclamó Cacho, el que bajaba.

—No me importa lo que pase... ¿Conseguiste algo? —contestó premioso Conejo.

—La traigo en el bolsillo. Es una tenquita.

—¡Oh! ¡Qué suerte! ¿Te costó mucho agarrarla?

—Un poco. Estaba alto el nido. Pero es de linda... ¿Y tú?

—Yo —dijo la voz de Conejo—, yo solo pude conseguir unas violetas —y con un desconsuelo que asordó los sonidos—: Siempre le tengo lo mismo...

Cacho le echó un brazo por el cuello y dijo con un temblor de ternura en la voz que era habitualmente alta y timbrada:

—Pero si a ella le gustan tanto... No te aflijas por eso... —y con un brusco cambio de tono—: ¡La que nos espera! Son las mil y quinientas. Ándate ligero, y hasta mañana temprano en la cueva.

Echó a correr por un nuevo atajo que llevaba al pueblo. El otro iba lo más ligero que podía, que no era mucho, porque una renguera congénita balanceaba penosamente su figura magra.

2. El reloj marcó la media hora.

Ernestina dejó el tejido en el regazo, cruzó sobre él las manos y con la cabeza ladeada puso atención al interior de la casa, buscando oír cualquier ruido delatador. Cuando oyó el chapoteo del agua en el baño, aflojó la angustia de la espera, miró de nuevo el reloj, movió la cabeza, enarcó las cejas, suspiró y con lento ademán volvió a su trabajo.

Entró Cacho. De haberse lavado a escape las manos, cara y cabeza, y haberse secado de cualquiera manera a restregones, daban fe las gotas que le brillaban en la crespita pelambreira dorirroja, el cuello mojado de la camisa

y la humedad de las manos. Los enormes ojos marrones con puntos dorados vieron a la madre sola y perdieron la ansiedad que el posible atraso había puesto en ellos. Se acercó modoso a besarla.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Buenas tardes —repitió desabrida la madre—. Buenas noches, querrás decir. ¿Son estas horas para llegar? ¿Te parece sensato? Si está aquí tu padre, ¡buen castigo que te llevas! Y con toda razón.

—Perdóname, mamá. Se me vino la noche encima, sin saber cómo. (►3)

—Por los riscos, igual que las cabras. Rompiéndote los mamelucos hasta que te rompas la cabeza. ¡Dios, qué niño! ¿Hiciste tus tareas?

—Sí, mamá.

—¿Dejaste tu escritorio en orden?

—Sí, mamá.

—¿Y dejaste el baño como una charca?

—Sí, mamá —repitió con el mismo tono de cantinela.

La madre algo iba a preguntar de nuevo, pero la desarmó la mirada del chiquillo, fija en ella, un tanto risueña, infinitamente tierna.

—Vas a terminar conmigo... —Pero ya estaba el chiquillo abrazado a ella, tapándole la cara a besos. Y haciéndose la dura, iba diciendo, como podía, defendiéndose mal que bien de ese alud—: Colorín asqueroso... Tunante... No me ahogues...

Pero el tierno pugilato, el besuqueo, las palabras dulceamargas, la risa contenida del cosquilleo, todo cesó al oírse la imperiosa, dura voz de Reinaldo, que preguntaba desde el pasillo:

—¿Está lista la comida?

La pieza era amplia y rectangular, bella en sus proporciones. La presidía la chimenea de piedra con un choapino extendido al frente y un pequeño sofá a cada lado. Entre ambos había una mesa enana con alguna revista, una caja de cigarrillos y unos ceniceros. La misma manida decoración, hecha a base de motivos simétricos, llenaba el resto del living. Pero el gris que pintaba los muros y el amarillo oro de las cortinas de lino, las maderas claras de los muebles contrastando con el marrón dorado del tapiz de sofás y sillones, perdían su convencionalismo gracias a la profusión de plantas en tachos de cobre, al revoloteo de una canaria en su jaula esférica; a una dosificación de las luces en simples pies de botellones verdes, veladas por pantallas de papel apergaminado. Era una habitación para vivir en ella gratamente, a toda hora y en todo tiempo.

Siempre con la presencia de la montaña a través de los ventanales abiertos en ángulo sobre el paisaje espléndido.

Reinaldo entró malhumorado al living. Repitió la pregunta.

Vocabulario

mamelucos: traje de una pieza que se pone a los niños.

imperiosa: que manda o se comporta con autoritarismo.

Durante la lectura

- 3. “Se me vino la noche encima”; ¿qué significado adopta esta frase en la explicación que realiza Cacho a su madre?, ¿de qué otra forma se podría señalar esto?



Violeta entre las piedras.

Vocabulario

retintín: sonido que deja en los oídos la campana u otro cuerpo sonoro.

—¿Está lista la comida?

—Esperábamos que llegaras para servir. Buenas noches—. No había retintín en las palabras de Ernestina, pero el marido, quisquilloso, contestó con aire de reto:

—Buenas noches. ¿Y qué?

—¿Qué? Nada. Te he dicho que te esperábamos para servir y dado las buenas noches. Niño, dale las buenas noches a tu padre.

—Buenas noches, papá —dijo Cacho, como repitiendo una lección.

—No está mal que tenga tu madre que decirte lo que debes, el tratamiento que debes dar a tu padre. Se perfecciona el sistema de educación familiar...

—¿En qué momento querías que te saludara? —intervino Ernestina.

—Perdona. Sí. Ya lo sé. Al príncipe no hay que tocarlo. Mis excusas.

Ernestina lo miró con esa firmeza serena que tenía el poder de desarmarlo.

Adentro tintineó una campanilla.

—Vamos —dijo la madre. Está servido.

La siguieron en silencio. En el pequeño comedor, ya sentados los tres alrededor de la mesa redonda, los rostros en sombra por la luz muy baja, cuya pantalla de seda verde casi tocaba las flores del centro, el chiquillo levantó los ojos del plato en que cuchareaba golosamente y se quedó atónito mirando la solapa del padre, una solapa de chaqueta de trabajo, gris, a cuyo ojal asomaban curiosamente los ojitos descoloridos de dos violetas silvestres.

—Violetas... —dijo involuntariamente.

El padre lo miró, y con su acento combativo habitual contestó:

—Sí, violetas —y de pronto, relajado, con algo como una sonrisa en los ángulos de la boca, añadió: Me las regaló...— y calló bruscamente, deteniendo una de esas frases que dentro de él cristalizaban su estado sentimental. Porque iba a decir: "Me las regaló la montaña, como se las regala a ella".

Brunet, Marta. *María Nadie*. Santiago: Cuarto Propio, 2001. Fragmento.